

17.

Amor y matrimonio en la literatura ilustrada

Isabel Morant Deusa

DOSIER 1. La Ilustración radical

DOCUMENTO 1

El abate de Châteauneuf la encontró un día roja de indignación.

–¿Qué os pasa, señora? –le dijo.

–He abierto por casualidad –respondió– un libro que andaba rondando por mi gabinete; es, me parece, una colección de cartas: he visto en él estas palabras: «Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos»; he tirado el libro.

–¿Cómo, señora! ¿No sabéis que son las Epístolas de san Pablo?

–No me importa de quién sean: el autor es muy grosero. Jamás el señor mariscal me ha escrito en ese estilo; estoy muy persuadida de que vuestro san Pablo era un hombre muy difícil de tratar. ¿Estaba casado?

–Sí, señora.

–Es preciso que su mujer fuese una buena persona: si yo hubiese sido la mujer de semejante hombre le habría hecho saber cuántas son dos y dos. «¡Sed sumisas a vuestros maridos!». Si al menos se hubiese contentado con decir: «sed dulces, complacientes, atentas, ahorrativas», yo diría: He aquí un hombre que sabe vivir; y por qué sumisas, me queréis decir? Cuando me casé con el señor de Grancey nos prometimos sernos fieles: no he cumplido del todo mi promesa, ni él la suya; pero ni él ni yo nos prometimos obediencia. ¿Somos acaso esclavos? ¿No es suficiente que un hombre, después de haberse casado conmigo, tenga derecho a causarme una enfermedad de nueve meses, que algunas veces es mortal? ¿No es suficiente que yo dé a luz, con grandes dolores, a un niño que podrá contradecirme cuando sea mayor? ¿No es bastante que esté sometida todos los meses a molestias muy desagra-

dables para una mujer de calidad y que, para colmo, la supresión de una de esas doce enfermedades al año sea capaz de causarme la muerte, para que vengan encima a decirme: «Obedeced»?

–Seguro que no es cosa de la naturaleza; nos ha dado órganos diferentes a los hombres, pero al hacernos necesarios los unos a los otros no ha permitido que la unión constituyese una esclavitud...

¡Mujeres sed sumisas a vuestros maridos! –seguía diciendo la mariscala entre dientes–. El tal Pablo era muy cruel.

–Era un poco duro –replicó el abate–, le gustaba mucho ser el amo: trató con altivez a san Pedro, que era un tipo bastante bueno. Además, no hay que tomar al pie de la letra todo lo que dice. Se le sospecha haber tenido alguna inclinación por el jansenismo.

–Mucho me sospechaba que era un hereje –dijo la Mariscala, y volvió a ocuparse de su toilette.

(Voltaire: «Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos», en *Opúsculos satíricos y filosóficos*, Madrid, Alfaguara, 1978 [¿1767?], pp. 351-360).

DOCUMENTO 2

No me habéis escrito esta semana, mi querido abate. No me siento bien, de manera que no tengo gran cosa que deciros. Por lo tanto, voy a decidirme a leer junto al fuego el libro de Thomas sobre el carácter, costumbres e intelecto de las mujeres. Esta obra apareció hace algunos días. Si me suscita algunas ideas, os las comunicaré. Como de costumbre, os diré todo lo que pase por mi cabeza con tal que mi opinión quede entre vos y yo.

¡Y bien! Lo he leído y me guardaré de decir lo que pienso de él a alguien que no seáis vos. Tampoco mantendré en sociedad un tono tan radical, pero os confieso que no me parece más que una pomposa charlatanería, muy elocuente, un poco pedante y muy monótona... Una vez leída, no se sabe lo que el autor piensa y si su opinión sobre las mujeres es distinta de las opiniones comunes recibidas... Discute con algo de sequedad lo que en ellas es atribuible a la naturaleza, a la organización de la sociedad y a la educación. Después, mostrándolas tal como son, atribuye sin cesar a la naturaleza lo que nosotras debemos a la educación o a la sociedad. Y, además, ¡cuántos tópicos! ¿Ellas son más sensibles? ¿Su amistad es más segura que la de los hombres? ¿Son así? ¿Son de otra manera?... Y luego, en otro párrafo: La naturaleza, dice, las hizo como las flores, para brillar dulcemente en el macizo que las vio nacer. Habría, pues, quizá, que desear a un hombre como amigo para las grandes ocasiones y la amistad de una mujer para la felicidad de todos los días. ¡Qué pequeñeces comunes, poco filosóficas!

Es indudable que los hombres y las mujeres son de la misma naturaleza y constitución. Prueba de ello es que las mujeres salvajes son tan robustas y ágiles como los hombres salvajes: de esta manera, la debilidad de nuestra constitución y de nuestros órganos pertenece ciertamente a nuestra educación y es una consecuencia de la condición que se nos ha asignado en la sociedad. Puesto que los hombres y las mujeres son de la misma naturaleza y constitución, son susceptibles de los mismos defectos, de las mismas virtudes y de los mismos vicios.

Esto es tan evidente que no merece la pena que sea dicho, como tampoco la merecería lo dicho por el señor Thomas. Era difícil hacer algo nuevo sobre este tema y, en general, ya no hay más temas ni ideas nuevas: solo nos hacen falta cabezas nuevas para enfocar las cosas bajo puntos de vista diferentes. Pero ¿dónde encontrarlas?

(Carta de Madame d'Épinay al abate Galiani, París, marzo de 1772).

DOSIER 2. La maternidad

110

Algunos teóricos ilustrados, encabezados por Jean-Jacques Rousseau, impusieron un modelo de mujer que, circunscrito al ámbito doméstico, se definía exclusivamente por su papel de esposa y madre, adscribiéndose a la maternidad toda una serie de condicionantes, hasta entonces ignorados, como el instinto maternal y el desinteresado amor materno, considerados propios de la naturaleza femenina. La pintura, como la literatura, difundió las imágenes de jóvenes madres criando, atendiendo, jugando y velando por sus hijos, alegres y dichosas, dado que la maternidad era el único estado natural y satisfactorio al que podía aspirar una mujer.



Fig. 17.1 Adélaïde Labille-Guiard, *Retrato de Madame Charles Mitoire con sus hijos*, 1783, pastel sobre tres hojas de papel azul, montado sobre lienzo, 98,5 × 79 cm. J. Paul Getty Museum, Los Ángeles. En 1762, el filósofo Jean-Jacques Rousseau publicó el *Emilio*, donde incluía consejos sobre cómo criar a niños moral y físicamente fuertes, alentando a las madres a amamantar a sus hijos y desterrando la figura de las nodrizas y amas de cría.



Fig. 17.2 Jean-Baptiste Greuze, *La madre adorada*, 1765, óleo sobre lienzo, Collection De Laborde (della Gazette des Beaux-Arts), París. El cuadro muestra a una madre rodeada de su amplia prole. Acaba de dar el pecho a uno de sus hijos y su rostro expresa su satisfacción. Claro ejemplo de «Las madres felices» que difundirán los filósofos ilustrados, Greuze, de quien Diderot fue un firme defensor por la moralidad de sus imágenes, pretende realzar la figura de la mujer maternal dentro del hogar y la satisfacción que ella tiene cuando cumple este, su destino natural.

Claves de uso

El tono sarcástico del documento 1 describe muy bien el espíritu volteriano:

- ¿Cómo definirías su estilo?
- ¿Qué efectos crees que su tono irónico produce en los lectores?
- ¿Contra quién dirige sus dardos?
- ¿Qué clase de mujer se representa en la figura de Madame la Mariscal de Grancey?

En la carta de Madame d'Épinay al abate Galiani –documento 2–, se pone de relieve el uso de la correspondencia para tratar de los temas que estaban presentes en los espacios culturales y políticos del momento.

- ¿Consideras que el argumento del que trata la carta formaba parte del debate público?
- ¿Cuál es la reacción de Madame d'Épinay ante este debate?
- ¿Crees que el asunto le afecta personalmente?
- ¿Piensas que estos dos documentos citados son claros referentes de la Ilustración radical? ¿Por qué?

Teniendo en cuenta las imágenes del dossier 2 y el texto:

- ¿Podrías encontrar en siglos anteriores los retratos de damas de la nobleza y la alta burguesía amamantando a sus hijos, tan comunes en el siglo XVIII? ¿Por qué?
- Las funciones de la madre que aparecen en gran parte de las pinturas del siglo XVIII son más espirituales que materiales, resplandecientes, todo es pulcritud y sensibilidad. ¿Crees que se idealiza la maternidad? ¿Por qué? ¿Estas representaciones de la maternidad serían las mismas si se pintara a mujeres de las clases populares?